

La triste historia de Pedro, el director de un parque natural.

Había una vez un director de un parque natural llamado Pedro. Aunque se suponía que Pedro debía proteger y preservar la belleza natural del parque, resultó ser un líder inepto e irresponsable. En lugar de cuidar del parque y sus habitantes, permitió que se construyera un pozo enorme junto a un manantial, un pozo que bombeaba tanta agua hacia el pueblo cercano que en apenas dos horas aquel manantial se había secado por completo.

Cuando el agua del manantial se agotó, el arroyo comenzó a secarse. Los animales del bosque perdieron su fuente de agua y comenzaron a morir de sed. Los árboles y las plantas se marchitaron. Las cascadas enmudecieron y el aire se llenó de tristeza.

Los primeros en sufrir fueron los ciervos. Acostumbrados a beber en el arroyo, se vieron obligados a buscar agua en otros lugares. Sin embargo, no todos tuvieron éxito. Algunos ciervos murieron de sed, incapaces de encontrar agua suficiente para sobrevivir, y otros murieron enganchados al intentar saltar las vallas de alambre de espinos que separaban aquel valle de los valles cercanos.

A medida que el tiempo pasaba, las flores silvestres también comenzaron a desaparecer. Sin agua, no podían crecer ni florecer. Sus colores vibrantes y sus dulces fragancias desaparecieron gradualmente, dejando el bosque sin su belleza característica.

Los pájaros también sufrieron las consecuencias. Sin agua para beber ni insectos para comer, muchos pájaros abandonaron el bosque en busca de lugares más hospitalarios. El canto alegre y melodioso que solía llenar el aire se silenció por completo.

E incluso los insectos más pequeños sintieron los efectos de aquel pozo. Las mariposas ya no revoloteaban entre las flores, y las abejas ya no zumbaban ni recolectaban néctar. El equilibrio natural del bosque se vio alterado, y la vida parecía desvanecerse lentamente.

A medida que aquel valle se volvía cada vez más árido y desolado, los visitantes dejaron de venir y el parque natural perdió su encanto.

Un vecino, alarmado, fue a visitar al director del parque natural.

- Pedro, ¿has visto lo que está pasando?
- No te preocupes, todo está bajo control – dijo Pedro satisfecho -. Este pozo no afectará al manantial.

- Pero, Pedro, ¿no ves que el arroyo se está secando?
- No seas alarmista – respondió Pedro -. El manantial siempre ha tenido altibajos. Todo volverá a la normalidad pronto.
- ¿Dónde está el agua? Tengo sed – dijo un ciervo que escuchó la conversación.
- No te preocupes, ciervo. Lloverá y el agua volverá pronto – afirmó Pedro sin mucha convicción, pues los diez últimos años habían sido los más secos y calurosos que se recordaban.
- ¿Dónde están los insectos? - cantó un pájaro -. No hay nada que comer.
- No te preocupes, pájaro. Los insectos volverán pronto... - contestó Pedro.
- Pedro, esto es un desastre – insistió otro vecino -. Los animales están muriendo y las huertas se están marchitando.
- No seas dramático. Todo se arreglará pronto... - insistió Pedro.
- ¿Qué ha pasado aquí? – preguntó un visitante recién llegado-. El parque parece un desierto. ¿Dónde está la cascada?
- Pedro permitió que se construyera un pozo que está secando todo el valle – respondió un anciano con mirada triste y voz apagada.
- Esto es inaceptable – exclamó el visitante -. Debemos hacer algo para detenerlo.
- ¡Sí! – dijo una mujer decidida - ¡Unámonos y exijamos la renuncia de Pedro!

Y eso fue lo que pasó. Un grupo de vecinos que amaba aquel valle decidió enfrentarse a Pedro y exigir su renuncia. Organizaron protestas pacíficas y difundieron información sobre el silencio y la inacción de Pedro. A medida que más personas se unían a la causa, la presión sobre Pedro aumentaba.

Finalmente, Pedro se vio obligado a renunciar debido a la presión popular. Los vecinos consiguieron cerrar aquel pozo, y trabajaron arduamente para construir una tubería hasta un embalse cercano, y traer desde allí el agua que necesitaban. Poco a poco el valle recuperó su antiguo verdor. Con el tiempo, el parque natural volvió a ser un lugar próspero y hermoso. Las cascadas volvieron a fluir, los ciervos volvieron a saltar, las flores mostraban orgullosas la belleza de sus colores y los visitantes regresaron, maravillados por la belleza natural que los vecinos de aquel lugar habían ayudado a preservar. Juntos aprendieron una lección importante sobre la importancia de elegir líderes responsables y comprometidos con la protección de la naturaleza.

Este cuento nos recuerda que todos tenemos la responsabilidad de cuidar y proteger nuestro entorno natural. También nos enseña que debemos estar dispuestos a alzar la voz cuando nuestros líderes no cumplen con sus responsabilidades. Solo así podemos asegurar un futuro sostenible para las generaciones venideras.

Espero que te haya gustado el cuento. Cualquier parecido con lo que está sucediendo en la Sierra de Aracena, con motivo del pozo que ha hecho Giahsa en julio de 2023 junto al manantial del arroyo Fuente del Rey, que ha secado por completo la Cascada de los Molinos es lógicamente pura coincidencia fruto del azar.

El guardián del bosque y el río de Estrellas.

El guardián del bosque era un anciano sabio y bondadoso que velaba por el equilibrio de la naturaleza. Su espíritu era puro y luminoso, y en las arrugas de su rostro se reflejaban ramas visibles e invisibles que se extendían por todo el bosque, y raíces poderosas que se hundían en lo más profundo de la tierra. En sus largos paseos podía sentir todo lo que ocurría en su dominio, y comunicarse con los animales y las plantas que lo habitaban.

De todo el bosque había un lugar al que le gustaba regresar una y otra vez. Se llamaba la Cascada de los Molinos, y era la cascada más bonita y divertida de aquel bosque. El guardián se sentía lleno de paz y admiración cuando observaba el agua del arroyo caer brillante con fuerza, como una lluvia de diamantes que formaban arco iris de colores cuando el sol se reflejaba en las gotas cristalinas. Le gustaba escuchar el sonido del agua golpeando contra las rocas, como si la cascada fuera un tambor gigante capaz de sonar tan fuerte que silenciaba los demás ruidos del bosque. Le gustaba oler el aroma del agua mezclado con el aire, una brisa fresca y húmeda que le limpiaba las narices y le ayudaba a relajarse. Y le gustaba sentir en su cara el contacto de las gotas de agua que salpicaban su piel como pequeñas agujas frías y mojadas, una sensación muy intensa que a veces incluso le hacía temblar. Y lo mejor de todo: le encantaba el delicioso sabor del agua que calmaba su sed. En aquel lugar, la Cascada de los Molinos, el guardián del bosque se sentía feliz y agradecido.

Una tarde de verano el guardián del bosque sintió una gran perturbación en la Cascada de los Molinos. Pronto descubrió que alguien había agotado el manantial y la cascada había quedado completamente seca. Y debes saber que una cascada seca es muy triste y aburrida. No puedes ver el agua que cae, solo las rocas desnudas y agrietadas. No puedes escuchar el sonido del agua, solo el silencio o el viento. No puedes oler el frescor, tan solo el polvo o el humo. No puedes sentir el contacto del agua en tu piel, solo la sequedad o el calor. Y no puedes probar su sabor, solo sientes sed o hambre.

El guardián del bosque reconoció al culpable: era un hombre sediento que había hecho un pozo y se había llevado todo el agua que antes llegaba a la cascada. Aquel hombre no se preocupaba por el daño que causaba al bosque, ni por los animales y las flores que dependían del agua del arroyo para sobrevivir.

El guardián del bosque se entristeció, y sintió el impulso de ir a visitar al hombre para hablar con él.

- ¿Por qué haces esto, hombre? - le preguntó con una voz grave y profunda que resonó en todo el bosque.

- ¿Qué quieres de mí? - le respondió el hombre con una voz áspera y cansada que apenas se oía.
- Quiero que dejes de beber del pozo, y que devuelvas el agua al manantial. Estás secando la cascada, y con ella el bosque.
- No puedo dejar de beber del pozo. Tengo mucha sed, y no hay otra agua cerca. La cascada y el bosque me dan igual. Solo me importa mi sed.
- Tu sed es insaciable, y te está consumiendo. No solo te estás haciendo daño a ti mismo, sino también a todos los seres que viven en el bosque. Ellos también tienen sed, y necesitan el agua de la cascada para sobrevivir.
- No me importan los seres del bosque. Son solo animales y plantas. Yo soy un hombre, y tengo más derecho al agua que ellos.
- Estás equivocado, hombre. Todos los seres tienen derecho al agua, y todos son parte de la naturaleza. Tú también eres parte de la naturaleza, aunque lo hayas olvidado. Si destruyes la naturaleza, te destruyes a ti mismo.

El hombre no quiso escuchar al guardián del bosque, pasaron los años, el hombre siguió bebiendo del pozo, sin importarle el bosque, y el guardián del bosque vio con dolor cómo sus hijos se marchitaban y morían.

- Padre, ¿por qué nos abandonas? - le preguntaban las zarzamoras con una voz débil y triste que apenas se percibía.
- Hijas mías, no os abandono. Os quiero mucho, y os protejo con mi sombra y mi aliento. Pero no puedo daros el agua que necesitáis para vivir. El hombre ha secado el manantial, y ha dejado sin agua a la cascada.
- Padre, ¿por qué no haces nada para detener al hombre? - le rogaban los sauces con una voz suplicante y angustiada que apenas se escuchaba.
- Hijos míos, no puedo hacer nada contra el hombre. Él tiene libre albedrío, y debe elegir entre el bien y el mal. Yo solo puedo esperar a que cambie de parecer, o a que alguien le haga entrar en razón, o a que la lluvia vuelva a llenar el manantial y la cascada.
- Padre, ¿por qué esperas tanto? - le reprochaban los madroños con una voz amarga y dolida que apenas se oía.
- Hijos míos, espero porque tengo fe. Tengo fe en que el hombre se dará cuenta de su error, o en que la gente le ayudará a corregirlo, o en que la naturaleza se recuperará de su herida. Tengo fe en que la cascada volverá a fluir, y el bosque volverá a vivir.

Los helechos no pudieron seguir preguntando al guardián del bosque, porque se habían secado y habían muerto.

El guardián del bosque oyó con angustia cómo sus amigos se debilitaban y morían.

- Amigo, ¿por qué nos dejas solos? - le preguntaban los pájaros con una voz aguda y asustada que apenas se distinguía.
- Amigos míos, no os dejo solos. Os quiero mucho, y os ofrezco mi cobijo y mi alimento. Pero no puedo daros el agua que necesitáis para vivir. El hombre ha secado el manantial, y ha dejado sin agua a la cascada.
- Amigo, ¿por qué no haces nada para detener al hombre? - le imploraban los zorros con una voz urgente y desesperada que apenas se entendía.
- Amigos míos, no puedo hacer nada contra el hombre. Él tiene libre albedrío, y debe elegir entre el bien y el mal. Yo solo puedo esperar a que cambie de parecer, o a que alguien le haga entrar en razón, o a que la lluvia vuelva a llenar el manantial y la cascada.
- Amigo, ¿por qué esperas tanto? - le recriminaban los ciervos con una voz molesta y enfadada que apenas se escuchaba.
- Amigos míos, espero porque tengo fe. Tengo fe en que el hombre se dará cuenta de su error, o en que la gente le ayudará a corregirlo, o en que la naturaleza se recuperará de su herida. Tengo fe en que la cascada volverá a fluir, y el bosque volverá a vivir.

Los pájaros, los zorros y los ciervos no pudieron seguir preguntando al guardián del bosque, porque al cabo de pocas semanas se habían debilitado tanto que murieron.

Y, así, el guardián del bosque vio con dolor cómo sus hijos se marchitaban y morían. Las flores perdían su color y su aroma, las hojas caían sin volver a brotar, los frutos se secaban sin madurar. Los árboles se convertían en troncos inertes, las hierbas en paja amarilla, los arbustos en espinas secas. El bosque perdía su verdor y su belleza. Los pájaros dejaban de cantar y volar, los conejos dejaban de saltar y correr, los ciervos dejaban de pastar y huir, los zorros se quedaban sin uvas ni guaridas. El bosque perdía su color, su sonido y su vida.

El guardián del bosque se entristeció mucho, mucho, mucho. Podría haber enseñado a aquel hombre a beber con moderación, o a compartir el agua con los demás, o a buscar otras fuentes más abundantes. Pero decidió no hacer nada porque tenía la secreta esperanza de que el hombre saciara de su sed, o de que la gente le hiciera ver su error y le convenciera de devolver el agua al manantial, o de que la lluvia llenara de nuevo el manantial y la cascada.

El guardián del bosque esperó pacientemente. Pasaron los años, y el hombre siguió bebiendo del pozo, sin importarle el bosque. La gente seguía ignorando el problema, sin saber de dónde venía el agua ni a qué precio. La lluvia seguía cayendo, pero no era suficiente para reponer el manantial y la cascada. El bosque se iba secando y muriendo, y los animales y las plantas sufrían y desaparecían. La cascada seguía vacía, los carteles que la anunciaban se borraron con el sol y la lluvia, y, al cabo de un tiempo, ya nadie la recordaba.

El guardián del bosque se dio cuenta de que su esperanza era vana, y de que su inacción era un error. Se arrepintió de no haber hecho nada cuando pudo, y se lamentó de haber perdido la cascada y el bosque. Pero ya era tarde para remediarlo. Sintió tanta tristeza cuando murió el último pájaro y se secó la última flor que empezó a llorar desconsoladamente. Y fue justo entonces cuando sucedió algo mágico y maravilloso. Sus lágrimas eran tan puras y cristalinas que en vez de descender ascendieron hasta el cielo para convertirse en un río luminoso formado por miles de estrellas. Esa noche aquel anciano guardián del bosque murió. Pero su muerte no fue en vano. El río de estrellas se extendió por todo el firmamento, y desde entonces ilumina en aquel bosque las noches sin luna.

El hombre que había secado el manantial vio el río de estrellas, y quedó asombrado. Por primera vez en su vida, sintió algo más que sed. Sintió curiosidad, admiración, remordimiento. Se preguntó qué era ese río de estrellas, y de dónde venía. Se preguntó qué había pasado con la cascada y el bosque, y qué había hecho él. Se preguntó si podía hacer algo para reparar el daño que había causado, y para merecer la bendición de ese río de estrellas en las noches oscuras.

La gente que vivía cerca del bosque también vio el río de estrellas, y quedó maravillada. Por primera vez en su vida, sintió algo más que indiferencia. Sintió asombro, belleza, gratitud. Se preguntó qué era ese río de estrellas, y de dónde venía. Se preguntó qué había pasado con la cascada y el bosque, y qué habían hecho ellos. Se preguntaron si podían hacer algo para ayudar al bosque, y para agradecer la visión esperanzadora de ese río de estrellas en las noches sin luna.

Y la lluvia que caía sobre el bosque también vio el río de estrellas, y quedó emocionada. Por primera vez en su vida, sintió algo más que rutina. Sintió alegría, esperanza, amor. Se preguntó qué era ese río de estrellas, y de dónde venía. Se preguntó qué había pasado con la cascada y el bosque, y qué había hecho ella. Se preguntó si podía caer con mucha más abundancia para llenar de nuevo el manantial y la cascada, y para abrazar ese río de estrellas con todo su frescor.

Así fue como el guardián del bosque dejó de existir, pero no del todo. Su espíritu se convirtió en un río de estrellas que sigue brillando en el cielo cada noche sin luna. Su recuerdo se convirtió en una lección, que sigue enseñando a los hombres y a la gente el valor del agua y del bosque. Su infinita tristeza se convirtió en la esperanza de que la cascada volverá a fluir y el bosque volverá a llenarse de vida.

Espero que te haya gustado el cuento. Cualquier parecido con lo que está sucediendo en la Sierra de Aracena, con motivo del pozo que ha hecho Giahsa en julio de 2023 junto al manantial del arroyo Fuente del Rey, que ha secado por completo la Cascada de los Molinos es lógicamente pura coincidencia fruto del azar.

Diego y la Cascada de Los Molinos

Había una vez una cascada que vivía en lo alto de una montaña. Era una cascada muy feliz, porque le encantaba sentir las grandes piedras de los molinos girando con la fuerza de su agua, a los campesinos con sus sacos de trigo, y a los niños jugando en sus orillas.

La cascada tenía muchos amigos, pero su mejor amigo era un niño llamado Diego. Diego era un niño muy valiente y curioso, que le gustaba explorar la montaña y descubrir sus secretos. Diego y la cascada pasaban muchas horas juntos, compartiendo aventuras y aprendiendo cosas nuevas. La cascada hablaba a Diego, y Diego hablaba a la cascada.

Un día, Diego le dijo a la cascada que tenía que irse del pueblo, porque su familia se mudaba a otro lugar. La cascada se puso triste, pero lo entendió. Le dijo que lo esperaría siempre, y que le mandaría sus besos con el viento. Diego le dio un gran abrazo a la cascada, y le prometió que muy pronto volvería.

Pasaron los días, y la cascada seguía esperando a Diego. Pero algo extraño empezó a pasar. El cielo se volvió azul intenso, y el sol empezó a brillar como nunca antes lo había hecho. El viento parecía fuego, y las nubes desaparecieron por completo. La lluvia dejó de caer, y el arroyo perdió su fuerza. La cascada empezó a sentirse débil.

La cascada no entendía qué estaba pasando. ¿Por qué el clima había cambiado tanto? ¿Por qué el arroyo se estaba secando? ¿Y dónde estaba Diego?

La cascada se enteró de la verdad por un pájaro que le contó lo que había visto. Resulta que un hombre había hecho un gran pozo junto al manantial que alimentaba el arroyo, y lo había secado por completo con una bomba que extraía con fuerza el agua de las entrañas de la tierra. El hombre quería quedarse con toda el agua para él solo, sin reparar en el daño que causaba.

La cascada se indignó al saber lo que estaba pasando. ¿Cómo ese hombre podía robarle todo el agua, parar los molinos, dejar sin pan a los campesinos, sin beber a los animales, sin jugar a los niños y a las niñas? ¿Cómo de un día para otro podía acabar con tanta vida?

La cascada quiso enfrentarse al hombre, y pedirle que devolviera el agua al arroyo. Pero no pudo hacerlo, porque ya no tenía fuerzas para moverse. Se resignó a su destino, y sintió un gran dolor en su corazón.

La cascada cerró los ojos, y recordó los momentos felices que había vivido con

Diego y con tantos otros niños y niñas a lo largo de sus miles de años de vida. Recordó las risas, los juegos, las aventuras, los besos. Recordó lo mucho que quería a Diego y a los campesinos, y lo mucho que los extrañaba. Recordó lo bonita que era la vida cuando los rayos del sol se deslizaban brillantes sobre la superficie de su agua.

Una noche oscura la cascada suspiró, y dejó de fluir. Su cuerpo se convirtió en piedra, y su alma se elevó al cielo. La cascada había muerto.

Al día siguiente Diego volvió a la montaña. Tenía muchas ganas de ver a la cascada, pero cuando llegó al lugar donde solía estar, no la encontró. Solo vio una roca gris y seca, rodeada de silencio.

Diego no podía creer lo que veía. ¿Qué había pasado con la cascada? ¿Dónde estaba su amiga? ¿Dónde estaba su alegría? Se acercó a la roca, y la tocó con su mano. Sintió una tristeza infinita, y supo que la roca era la cascada. La roca era todo lo que quedaba de ella.

Diego se echó a llorar, y abrazó a la roca con todas sus fuerzas. Le pidió perdón por haberla dejado sola, y le dijo que la quería mucho. Le dijo que nunca la olvidaría, y que siempre estaría en su corazón. Lloró tanto que sus lágrimas formaron un pequeño charco en el suelo. El charco creció poco a poco, hasta convertirse en un arroyo. El arroyo siguió creciendo, hasta convertirse en un río. El río siguió creciendo, hasta llegar al pie de la montaña.

Allí, el río encontró una semilla enterrada en la tierra. Era una semilla mágica, que había caído del cielo el día que la cascada murió. El río regó la semilla con sus lágrimas, y la semilla empezó a germinar.

De la semilla salió una planta, que pronto se convirtió en un árbol. El árbol creció y creció, hasta alcanzar la cima de la montaña. Era un árbol muy especial, porque tenía flores de todos los colores, y frutos de todos los sabores. El árbol era el árbol de la vida, y tenía el poder de dar vida a todo lo que tocaba.

El árbol tocó con sus ramas la roca donde estaba la cascada, y el agua empezó a brotar de la roca, y formó una nueva cascada. La cascada era igual que la antigua Cascada de los Molinos, pero más grande y más bella. La Cascada de Los Molinos había renacido, y ahora tenía el poder de dar vida a todo lo que regaba con su agua fresca y cristalina.

La cascada sintió a Diego, allí a su lado. Diego abrió los ojos. No podía creerlo ¿Era posible que la cascada hubiera vuelto? ¿Era posible que su amiga estuviera viva? Se levantó, y vio su agua cristalina, sus burbujas y sus arcoiris. Vio su sonrisa, y escuchó sus carcajadas. Vio su alegría, y sintió su amor.

Diego se emocionó, y corrió hacia la cascada. La besó con fuerza, y le dijo que estaba muy feliz. Le dijo que la había extrañado mucho, y que nunca más la dejaría. Le dijo que la quería mucho, y que siempre estaría con ella.

La cascada y Diego se fundieron en un beso, y se llenaron de felicidad. El sol volvió a brillar, y el cielo volvió a llenarse de nubes blancas. La lluvia volvió a caer, y el río volvió a correr. Las piedras de los molinos volvieron a girar y los campesinos volvieron a aparecer con sus sacos de trigo. Todos celebraron el milagro de la vida, y agradecieron a Diego sus lágrimas y su bondad.

Espero que te haya gustado el cuento. Cualquier parecido con lo que está sucediendo en la Sierra de Aracena con motivo del pozo que ha hecho Giahsa junto al manantial del arroyo Fuente del Rey, también llamado arroyo de los molinos, que ha conseguido secar por completo la cascada de ese mismo nombre, es lógicamente pura coincidencia fruto del azar.

El hombre que quería más agua

Érase una vez un hombre que vivía en un bosque junto a un arroyo. El hombre quería tener más agua para regar sus cultivos y llenar su piscina. Así que decidió hacer un pozo junto a un manantial que brotaba cerca del arroyo.

El hombre cavó y cavó hasta que encontró el agua. Estaba tan contento que conectó una bomba al pozo y empezó a extraer el agua sin parar. Lo que no sabía el hombre era que el manantial era la fuente del arroyo, y que al sacar el agua estaba secando el cauce por donde corría.

Los peces que nadaban en el arroyo se quedaron sin agua y murieron asfixiados. Los animales que bebían del arroyo se quedaron sin agua y tuvieron que buscar otra fuente. Los árboles frutales que crecían junto al arroyo se quedaron sin agua y se secaron. Los chopos, los sauces y las flores que adornaban el arroyo se quedaron sin agua y se marchitaron.

El bosque se convirtió en un desierto, y los animales que vivían en él sufrieron mucho. Los ciervos, los conejos, los pájaros y las comadrijas se fueron muriendo de hambre y de sed. El hombre seguía sacando agua del pozo, sin darse cuenta de lo que había causado.

Un día, el hombre salió de su casa y vio el paisaje desolado. Se sorprendió al ver que no había ni una gota de agua en el arroyo, ni una hoja verde en los árboles, ni un sonido de animal en el aire. Se preguntó qué había pasado, y fue a ver su pozo.

Cuando llegó al pozo, vio que estaba vacío. La bomba había agotado toda el agua del manantial, y no quedaba nada. El hombre se dio cuenta de su error, y se arrepintió de su codicia. Pero ya era tarde. Había destruido el bosque y la vida que había en él.

El hombre lloró amargamente, pero sus lágrimas no sirvieron de nada. Se quedó solo en medio del desierto, sin agua, sin comida, sin amigos. Y así termina la triste historia del hombre que hizo un pozo junto a un manantial.

Espero que te haya gustado el cuento. Cualquier parecido con lo que está sucediendo en la Sierra de Aracena, con motivo del pozo que ha hecho Ghiasa junto al manantial del arroyo Fuente del Rey es lógicamente pura coincidencia fruto del azar.